

GALERIA DE AUTORES

SAUL BELLOW: UN JUDIO CON NOBEL

Por VICTOR CLAUDIN

Los novelistas norteamericanos son narradores por excelencia, y su narrativa es poco menos que insuperable. Saul Bellow mereció el Premio Nobel del año 1976 entre otras razones por considerársele esa capacidad.

De origen judío, nació en 1915 cuando su familia, emigrantes rusos, se habían establecido en Quebec. El ambiente de su casa fue de estricta ortodoxia judía e incluso se hablaba a la vez que el francés y el inglés, el «jiddish». Conoció Chicago a los nueve años, atraídos sus padres por una supuesta vida más desahogada. Accedió a la enseñanza superior llegando a ser profesor de Antropología y Crítica Literaria en varias Universidades. Su integración no le impidió ligarse por los años treinta a grupos trotskistas, colaborando en la revista militante «Partisán Review», permaneciendo de entonces, sobre todo, su humanismo optimista.

Hasta ahí algunos de sus datos biográficos.

Su trayectoria literaria se inicia en 1944 al publicar su primera narración, «The Dangling», a la que seguiría tres años después una novela: «La víctima», por cuya edición ahora en castellano (Alianza Editorial) nace este breve comentario.

Ocurre que vamos por la calle, confiados en nuestra situación estable en la sociedad, seguros de las relaciones que mantenemos, y del trabajo remunerador con el que conseguimos vegetar. Entonces resulta que nos encontramos con alguien que provoca el encuentro para insultarnos, para exigirnos satisfacción de la culpa que tenemos de su miseria, para provocarnos una reflexión sobre nosotros mismos. Nos escupe en la cara nuestro ser de cómodos ciudadanos despreocupados, inermes ante el drama ajeno e incluso ante las propias amarguras que procuramos negar.

Un día, ante el andar del oscuro periodista Leventhal, se interpone el oscuro Kirby Alee para echarle en cara lo que ha hecho contra él, para saldar unas supuestas culpas, perdida ya la barrera tímida que imponía el honor. «...Un día somos algo así como paquetes bien llenos, y al siguiente nada más que papel de envolver, y el viento nos va arrastrando por las calles».

Es el principio de una anécdota que permite al autor desarrollar, tal vez, su vivencia del complejo de culpa que parece ser inherente al pueblo hebreo. Sólo al liberarse de sus culpas, Leventhal se desembaraça a la vez de los complejos que le impedian su realización como hombre.

Albee había planteado una especie de pacto para suicidarse ambos, que no es aceptado. Y en base a su individualismo a ultranza, Bellow plantea la posibilidad de volver a empezar una nueva vida.

«La víctima» es una obra que pertenece a la época intimista, la primera fase de su producción. Son entonces sus temas los relacionados con la búsqueda de la identidad y de las dificultades que halla el sujeto en su camino de adaptación al medio. Ya está aquí, sin embargo, su constante preocupación ética y el tema cen-

ma» una rigidez expresiva que luego se iría templando hasta el punto de alcanzar su pluma la cálida e irónica prosa de obras posteriores, especialmente de «Herzog» su obra cumbre.

Bellow es un escritor que desde «Hombre en suspenso», su primera novela escrita, hasta sus últimos libros como «Humbolt's Gift», ha publicado novelas, relatos, obras teatrales, crítica literaria, convirtiéndose americano, aunque se dé fiel representante de ese moralismo esperanzador de todo buen americano, aunque se de cuenta de la naturaleza del país habitado por las «muchedumbres solitarias». Y ha conseguido los máximos galardones literarios.

Los protagonistas de las novelas de Bellow son siempre judíos, esos antihéroes creados también por otros compañeros de letras e ideas, rebeldes que afirman la dignidad del hombre aun en su propia negación, antihéroes perseguidos y rechazados por la sociedad clasista a la que pertenecen y que tiene sangre racista. «Todos somos judíos y la condición consustancial en el judío es sufrimiento», nos dice Malamud, uno de los personajes de Bellow. En «Carpe Diem» (Seix Barral), una novela corta, Bellow consigue resumir la conciencia del protagonista Wilhelm ante su absoluta derrota en todos los órdenes de la vida, en la narración del curso de un día en el que estalla su crisis final.

La reflexión que late, por ejemplo, en «El planeta de Mr. Sammler» (Destino) es básicamente la misma, ofreciendo a la vez su retrato particular del desolado panorama de la vida urbana en los Estados Unidos. Se trata de una meditación audaz sobre el futuro del hombre.

Con «Herzog» (Destino), Bellow consigue alcanzar una de sus más altas cimas creando con precisión un personaje singular, es decir, al definirlo más íntimamente, más cruelmente. «¿Cómo era su manera de ser? Según el vocabulario de nuestro tiempo, era narcisista; era masoquista; era anacrónico. Su cuadro clínico resultaba depresivo, aunque no del tipo más grave». En definitiva, el autor judío no ha salido de contarnos al hombre sencillo, de la calle, por dentro, con sus angustias y sus ansias reprimidas. Un Moses Herzog que ansía todas las virtudes efectivas, y que sólo puede explicarse si aceptamos que por encima de nuestros propios juicios la existencia merece la pena.

Albee lo consigue, Leventhal ha de modificar sus puntos de vista ante la vida porque se ha mirado en el espejo y ha admitido lo que ha visto. Albee desaparece pero Leventhal ya no es el mismo, ha logrado un verdadero equilibrio emocional que antes sólo era pura apariencia.

Siempre la misma historia. Nunca un personaje verdaderamente bueno, nadie auténticamente admirable. Hombres con posibilidades que son incapaces de aprovecharlas, de materializarlas, pero que dan valor a la vida por sí misma. De ahí el optimismo irreductible de Bellow tal vez explicable tanto por su condición